

# don Fermín Canella Secades

Por JOSE MARINO GOMEZ SANTOS

Detrás de la Puerta Nueva Baja, una hermosa colección de parcelas aterciopeladas, sarpullidas de lo más hermoso de la flora y algo también de la fauna, está en esta tarde primaverales como inyectada de una genuina vitalidad y hasta parece aletargarse en el colmo de un profundo deleite.

A la orilla del camino real levántase una casa de buena calaña, cerrada, sola, como durmiendo la siesta, sin la compañía de ningún ser humano en lo aparente.

Sin embargo, allá arriba, en el chiribitil, está dormido un artista, no un pintor consumado, no un hábil escultor: un niño, un niño con la guedeja rubia, lánguida, que se escurre por su frente sedeña y le imprime en la cara una sombra débil.

En la mano derecha sostiene una pluma de ganso teñida de púrpura cuyos extremos tiene entre los labios, haciéndose, sin querer, caricias en la boca.

Hay en el suelo unas hojas de sobado papel, caídas; en ellas, hace un momento, antes de dormirse, imprimió el pequeño, con letra infantil, algunos versos a no sé qué guerra española.

Está dormido, sí; por la frente empieza a caerle un leve sudor como diminutos fragmentos de cristal y su respirar, como hálito celestial, hace que la pluma se estremezca con temor.

Por un angosto ventanal, abierto allá junto al techo, en-

tran oblicuos rayos del sol que fuera calcina las casas y maza los campos.

Pintor, tú que andas en busca de cuadros, sígueme hasta este desván y busca en tu caja de colores todos los más sutiles, los más discretos, los más armoniosos para encajar en tu lienzo inmaculado, que aguarda los primores de tu ingenio de artista, esta estampa que te ofrece el azar como un cromó inverosímil.

Sólo once años tiene este pequeño que ya escribe versos y se esconde para leer a Lópe, a Cervantes, a Calderón y hasta

el Gil Blas, semanario madrileño, humorístico, en el que colabora Manuel del Palacio; éste a quien un día «Clarín» llamó poeta de 0,50.

Este muchacho de la pluma de ganso color púrpura, de los versos a la guerra española, este es Fermín Canella Secades.

Fermín Canella hace sus estudios en la Universidad de Oviedo, de este Oviedo que tantos motivos le ofrecerá más tarde para llegar al pináculo de la gloria apoyado en su pluma de ganso.

Don León Salmeán, rector a la sazón, aprecia mucho al pequeño Fermín; sabe de su agudeza mental, de su humorismo y eso le encanta.

Cuando termina su brillante carrera de Leyes, año 1871, escribe en el «Eco de Asturias»; pero ya ruedan por el mundo gran número de diarios, semanarios y revistas de distintos pelajes en que figura la firma de este ya muy querido ovetense.

Canella, como enamorado del arte, no puede dejar de asistir a «LA CASTALIA», sociedad artística que tiene su salón al lado del viejo Teatro del Fontán, en la casa del Duque del Parque. Aquí está Víctor Sanz, dispuesto a dirigir con todo amor cualquier cuadro artístico, aquí se cantan zarzuelas y se representan obras teatrales. Para ello cuenta «LA CASTALIA» con aficionados cómicos, cantantes, pianistas, etc., tiene orquesta y hasta tienen lugar en este salón recepciones a las que asisten los aristócratas ovetenses.

Aquí es posible que don Fermín Canella halla bailado sus primeros rigodones.

En 1879, por acuerdo municipal, el orgullo de los ovetenses, EL CARBAYON, va a ser derribado como un Goliath. Diez concejales conservadores tratan de ganar la absolución del «condenado a muerte» con leyendas sentimentales, mientras doce progresistas, enemigos de «El Carbayón», consideran vanas todas las ternezas. Y así, una tarde de octubre, la diabólica hacha municipal «va matándole la parte del corazón que tiene desparramada por el mundo, y va acercándose, acercándose, afinando la puntería, hasta herirle en el mismo centro en que lo siente todo».

Así habló un día Leopoldo Alas de la muerte de los hombres y así murió EL CARBAYON sin dejar de ser homenajeado póstumamente por los más selectos artistas de la pluma entre los que descollaba el ya muy celeberrimo don Fermín Canella Secades, vicerrector por aquel tiempo de la Universidad de Oviedo por cuyos claustros tanto disertó en su juventud sobre las cuestiones locales o estudiantiles.

Canella escribió infinidad de obras referentes a su Asturias, dedicando su pluma al panegirismo de la tierra en que vio la primera luz. Haciendo bien pagó a Dios el haberle dado aquella agudeza mental tan llena de opulencia artística, utilizada con el auxilio de la pluma para la cultura universal.

Solo queda de este ovetense ejemplar la estela burbujeante de su fama que al romper los vínculos con el mundo ha dejado sellada en todos aquellos lugares en que se hable de arte.

**ALBUM SAN PEDRO - Junio 1949**